

# ¿Hacia Dónde Corren Los Cuentakilómetros Cuando El Coche Va Marcha Atrás? Homenaje A Los Que Miran Donde No Deberian Estar Mirando.<sup>1</sup>

*Emilio Gutierrez Garcia,*

*Departamento de Psicología Clínica y Psicobiología,  
Responsable de La Unidad Viernes Clínico,  
Servicio de Psicología, Facultad de Psicología, Universidad de Santiago de Compostela*

El marco 'informal' de estas Jornadas de Trasalba me permite no ser riguroso en las citas. También aprovecho la atmósfera esotérica de la reunión para filtrar algunas ideas que no quiero caer en la petulancia de llamar mías. A veces sé quién hablará por mi boca, y para eso incluyo una bibliografía escueta que he consultado y de la que incluso cito las páginas. En otros casos, no sé dónde he leído las ideas, ni me importa.

El punto de arranque de estas páginas surge del libro editado por Umberto Eco y Thomas Sebeok "El Signo de los Tres". Se trata, fundamentalmente, de una colección de trabajos cuyo denominador común es el estudio de la práctica detectivesca de Sherlock Holmes, bajo el prisma del pensamiento de Charles Sanders Peirce, el padre de la semiótica moderna.

¿Por qué no abundan en la literatura clínica las referencias a los métodos de investigación y a la praxis de los detectives? Creo que estas referencias serían mucho más profusas si los clínicos no se dejasen castrar por las labores de diagnóstico y control social (como la policía por sus informes, fichas, registros legales, interrogatorios y estructura organizativa). Si no se dejaran esclavizar por las teorías y, en cambio, basaran su sustento en la propia eficacia a la hora de resolver casos, como lo hacen los detectives de las historias de ficción.

Los detectives de ficción trabajan solos. Son ex-policías expulsados del cuerpo en el pasado o nunca pertenecieron a la policía. A veces representan una cierta forma de malditismo y, aunque se enamoran de la chica, nunca se casan con ella, como suelen

---

<sup>1</sup>. **Actas de las IV Jornadas de Psicoanálisis y Literatura.** Orense:AGSM, 1994.

hacer los buenos clínicos, que saben controlar sus reacciones contratransferenciales y utilizarlas al servicio del cliente, no de sus frustraciones vitales.

Los detectives de ficción son tercos y constantes, heterodoxos en sus prácticas, excelentes observadores, intuitivos en su trabajo e irrespetuosos e irreverentes con cualquier tipo de encorsetamiento.

Por último, y aunque hay variantes, los detectives de ficción, cuando no trabajan en un caso, son humanos. Su vida personal nos está vedada, pero se adivina que, entre caso y caso, ésta es, cuando no poco edificante, como la de cualquier otro mortal. ¡Qué llamativa diferencia la que se nos revela frente a aquellos clínicos que sólo van de clínicos cuando no están en su trabajo!

Pero, de tanto en tanto, mitificamos a algún clínico como nos entusiasmamos con algún detective del género negro ¿Cómo diablos logran ser tan brillantes? Podría decir que yo no lo sé porque ni soy detective de ficción ni tengo todavía las sienes plateadas para ser un gran clínico. Pero sí lo sé. Lo sé porque, en realidad, todos lo sabemos. Desde siempre. Por eso puedo hablar por todos diciendo lo que todos sabían ya. Verá como nada le suena a nuevo. Como máximo, recordará que lo sabía o recordará que lo había olvidado.

Tres elementos componen a un detective de ficción (o a un clínico de los que nos gusta mitificar y, por lo tanto, también de ficción). Así que, hablemos de la ficción, no de la realidad.

## **1.- EL CONOCIMIENTO NATURAL.**

Charles Sanders Peirce atribuye a la abducción (no está hablando de extraterrestres, se refiere a retroducción, hipótesis, presunción y argumento originario) el origen del conocimiento en su sentido más amplio. Desde el conocimiento científico al sentido común. Esa facultad o instinto nos es consustancial y permite a todos los humanos, en el proceso de selección de todas las hipótesis posibles, adivinar cuales tienen más probabilidades de hacer predicciones correctas. “Es un instinto que depende de la percepción inconsciente de conexiones entre diferentes aspectos del mundo” (Eco y Sebeok, p. 40).

La justificación de ese principio económico es tan ingenua como rotunda. Para Peirce "...No cabe duda razonable de que la mente del hombre, por haberse desarrollado bajo la influencia de las leyes de la naturaleza, piensa en cierto modo según pautas de la naturaleza" (p. 38).

Frente a la deducción, que nos dice que algo debe ser necesariamente, y a la inducción, que muestra que algo es, la abducción se limita a sugerir que algo puede ser. Para Peirce "... Una abducción nos permite formular una predicción general, pero sin garantía alguna de éxito en el resultado" (p. 29).

Esta propuesta de Peirce, que Eco y Sebeok utilizan en su libro para describir el trabajo de Sherlock Holmes, rebasa el puro divertimento de los ensayistas y es devuelta al lector como un modelo que trasciende el simple análisis de la conducta detectivesca.

En el libro editado por Ken Wilber y titulado "Cuestiones Místicas", que recoge las reflexiones de los más reputados físicos desaparecidos del siglo XX, se cita este mismo concepto de conocimiento natural, defendido aquí por Wolfgang Pauli, Premio Nobel de Física en 1945. Pauli escribía en colaboración con C. G. Jung un ensayo sobre la influencia de las ideas arquetípicas en la construcción de las teorías científicas de Kepler. En ese ensayo, se oponía a la concepción puramente empirista según la cual las leyes naturales únicamente pueden derivarse de los datos experimentales.

Más bien, Pauli estaba de parte de los que, a lo largo de la historia de las ideas, defienden el papel de la intuición, y el manejo de la atención, en la estructuración de los conceptos e ideas necesarias para establecer teorías científicas: "...Todos los pensadores consecuentes han llegado a la conclusión de que la pura lógica es incapaz de construir ese lazo –un lazo recursivo. Lo más satisfactorio, a mi entender, es introducir en este punto el postulado de que en el Cosmos existe un orden distinto del mundo de las apariencias, y que escapa a nuestra capacidad de elección. Ya hablemos de participación de los objetos naturales en las ideas, o del comportamiento de entidades metafísicas, esto es, intrínsecamente reales, lo cierto es que la relación entre la percepción sensible y la Idea sigue siendo una consecuencia del hecho de que, tanto el alma como lo que se conoce por medio de la percepción, están sujetos a un orden objetivamente concebido" (Wilber, p. 220).

Para Pauli, el puente desde las Ideas a las percepciones directamente consensuales, reside en las imágenes primigenias que pre-existen en el alma. Por su

parte, Kepler reconoce, en su prólogo del libro quinto de “Harmonice Mundi”, ese conocimiento por intuición: “Ésta es la inspiración que tuve hace veinticinco años, antes de descubrir los cinco cuerpos regulares entre las órbitas celestes” (Koestler, p. 312).

Esas Ideas primordiales no están localizadas en la conciencia, ni están relacionadas con ideas concretas formulables racionalmente. Se trata más bien de ideas que, después de ser percibidas por clarividencia, se convierten en desgarradoramente verdaderas. Esta concepción es un antídoto contra la extendida creencia de que la lógica gobierna el progreso de la ciencia.

Para Pauli: “La mente parece moverse a partir de un centro interior hacia fuera por un movimiento de extroversión hacia el mundo físico -en donde se supondría que todo sucede de modo automático- de manera que se diría que el espíritu abarca serenamente el mundo físico con sus Ideas” (Wilber, p. 222).

Este movimiento de dentro hacia fuera coincide con los planteamientos epistemológicos de Popper cuando contrapone la concepción de la mente como **faro** a la concepción de la mente como **receptáculo**, con respecto al conocimiento científico. Según la concepción empirista la mente es una especie de receptáculo donde se reúnen los datos y en la que, como en una olla, se cuecen las ideas con los ingredientes que se han introducido. El modelo adecuado para Popper es el de la concepción de la mente como **faro**, según la cual todas las teorías son faros que alumbran dónde buscar selectivamente. Este acto recursivo es aplaudido por Einstein –“es la teoría la que nos dice lo que debemos observar”- y por Heisenberg y su principio de complementariedad.

Tales nociones de conocimiento por abducción y de las hipótesis de la mente como faro están estrechamente ligadas con el determinismo estructural de Maturana, según el cual, el sistema nervioso sólo puede conocerse a sí mismo. Es la estructura de un sistema la que determina su respuesta (la teoría científica) al medio y no el medio (los hechos) lo que determina el resultado.

## **2.- EL VÉRTIGO DEL DETALLE.**

Una vez aclarada la procedencia de las hipótesis que iluminan como un faro con el que vemos los síntomas e indicios –que pasan a ser signos y hechos- nos queda por determinar su detonante. Lo cual nos lleva a la escena del crimen o a la queja.

Peirce propone un segundo principio conjetural, complementario a la predisposición a adivinar, según el cual: "... A menudo extraemos de una observación sólidos indicios de la verdad, sin poder especificar cuales circunstancias de entre las observadas contenían tales indicios" (p. 38).

La tendencia a no anticipar soluciones no equivale a decir que los propios hechos con su lenguaje unívoco impongan la única interpretación posible. Más bien apela a una actitud de atención flotante y selectiva que, para los clínicos a los que mitificamos, nace de un **concepto desapasionado de cambio**.

Una vez tomada la determinación de actuar, el primer gesto es aquel que bien formulaba un oficial encofrador de mi adolescencia, al cual también mitificaré, cuando decía: "Lo primero que hay que hacer para trabajar, es ponerse la chaqueta y sentarse". Esta actitud de sana insolencia y de suficiencia responsable antes de actuar reflejaba la convicción de que, después, al quitarse la chaqueta ya se ha hecho lo más importante. Algo así como que el trabajo ya está hecho. Sólo queda ponerse manos a la obra. Cuando lleguen las dificultades ya sabremos qué hacer. ¡Qué diferente de la de aquellos otros oficiales que se peleaban con la obra comenzando con juramentos, anticipando la dificultad por venir, gritándonos a los peones, maldiciendo al contratista, al tiempo y a sí mismos!

Como aquel mítico oficial, tanto los clínicos mitificados como los detectives de ficción no buscan a los clientes. Ambos son requeridos. Para ambos, los casos son uno más. No intentan lograr la felicidad para sus clientes y se interesan por las quejas y pequeños cambios. A los detectives de ficción no les mueve la lucha contra el imperio del crimen. Ni a unos ni a otros les interesa tanto el éxito de la operación como que al final no se muera el cliente. Su trabajo consiste en resolver, por un tanto a la hora, un problema, no todos los problemas. Actitud humilde que se opone a aquella otra expresada con el enunciado: "¿por qué conformarse con una parte cuando se puede tener el todo?".

Pero ¿por dónde empezar? Quizás, como da igual empezar por cualquier lado, un buen comienzo suele/puede ser por el principio. De cualquier manera, el caso es un reto desapasionado hacia uno mismo. Como para los toreros (si uno se siente torero, no hay que temer si el toro es Miura o Victorino). Cuanta más casta, más toro; cuanto más toro, más torero, más fiesta, más arte...

La faena surge por sí misma. No hay que buscarla ansiosamente, el toro determinará la distancia ¡Qué necesidad absurda sería planificar el número de muletazos de antemano o por dónde recibirlo! Sólo hay que sentirse torero. Después, la compenetración hará el resto.

Los detectives de ficción y los clínicos mitificados son descritos como seres cuya actuación incluye ingredientes tales como la atención flotante, la resistencia al cierre y su tolerancia a la ambigüedad. Si el caso ha sido creado en una mente humana, otra mente humana puede descifrar lo cifrado. Es inevitable. El instinto o el “ojo clínico” se disparan ante cualquier constricción. Ésta suele revelarse por medio de un detalle accesorio y mínimo, una excepción, lo gratuito, **lo que no debería estar ahí** (porque sobra) o **lo que debería estar ahí** (porque falta). Al fin y al cabo ¿qué es información? Información es una diferencia que crea una diferencia. Una diferencia importante que contrasta, que capta la atención por su propia naturaleza, sin que medie la mente consciente y racional.

Si una observación es una respuesta a una pregunta, lo oportuno es respetar las leyes del juego y esperar a que nuestra mente haga la pregunta. O, lo que es lo mismo, una vez que tengamos la respuesta, deberemos saber qué pregunta se hizo y a qué hipótesis corresponde esa pregunta.

En los relatos de los detectives de ficción y en los estudios de casos de los clínicos mitificados, nos encontramos confesiones donde se revela ese camino abductivo de pensar al revés, de no poder evitar mirar donde uno no debería estar mirando, de esa disciplina del detalle (“¿por qué no puedo apartar la vista de tal objeto?”, “¿por qué no puedo dejar de pensar en ese detalle?”). Esto nos muestra que el diálogo es interno. El determinismo estructural y la mente abductiva se han revelado de nuevo. El resto consiste en reunir las pruebas o elegir la intervención.

Esa esclavización del detalle la encontramos en los primeros años del M.R.I., cuando todos miraban el fragmento de grabación que Jackson señalaba para hacer sus predicciones (“Mira, mira la forma en que se ríe ahora”) mientras el resto del grupo – Watzlawick, Haley y Weakland- no veían nada.

Otro terapeuta mitificado, Milton Erickson, tenía esa capacidad para observar detalles mínimos que le permitía percibir en los micromovimientos musculares de los

pacientes su grado de colaboración, o la existencia de un “affaire” en la vida de una mujer casada por la forma de sentarse (Haley, 1933). Curiosamente, también para Holmes la forma en que una mujer tocaba la campanilla para avisar de su llegada, podía revelar para él la existencia de un “affaire”.

No sabemos cómo llegó Holmes a leer en esos indicios, pero Milton Erickson utilizaba la hiperconciencia de sus propios movimientos, desarrollada como fruto de su inmovilidad provocada por la polio.

### 3.- LA HETERODOXIA.

La heterodoxia en su proceder técnico se destaca como otro componente de la conducta detectivesca que se desprende de la aceptación de los dos puntos anteriores. Una forma incorrecta, sesgada y miope de intentar atrapar a la heterodoxia creativa consiste en describir los métodos de los heterodoxos por activa o por pasiva de forma dicotómica. Es decir, se intenta listar o resumir lo que un detective o un terapeuta **hacen**, o **no hacen**, frente a la policía o frente a otros terapeutas que representan la ortodoxia, según el caso. Sin embargo, esta pretensión suele procurar más ruido que nueces, ya que la heterodoxia se resiste a cualquier intento de sistematización cuando se enfoca de esa forma dicotómica. Tales tentativas suelen ser tan simples como estériles, pues ni los detectives de ficción ni los terapeutas mitificados, abarcan con su propia descripción su “modus operandi”. Como máximo pueden explicar “a posteriori” por qué hicieron lo que hicieron. Pero no saben por qué lo hicieron. Ni les importa.

Tampoco pueden predecir qué harán, ni les importa. Lo sabrán cuando tengan que hacerlo. El caso les llevará a un final. La predicción va de la mano de la soberbia y de la omnipotencia. Y suele conducir a operaciones exitosas en las que el paciente muere. La predicción preserva el sistema que la posibilita y es incapaz de socavar los supuestos, prejuicios y preconcepciones que la sustentan. La predicción es convergente y confirmatoria y, por lo tanto, enemiga de la divergencia. Es racionalmente ciega a la novedad.

Con todo, lo que no hacen los detectives de ficción y los terapeutas mitificados es más informativo que lo que **hacen**. Lo que sistemáticamente **no hacen** representa la fuga temporal más allá de los límites de necesidad del proceder ortodoxo. Los detectives de ficción no necesitan leer a Bateson para saber que el problema de las lupas es que al otro lado del cristal está su ojo. Cuando el **hacer** de un detective consiste

en **dejar de hacer**, está haciendo algo importante. Está apagando el faro de Popper, con lo cual no ve lo que ven los demás. En la caverna de las “sombras platónicas” la única forma de saber que algo es una sombra consiste en apagar la luz. Sin embargo, la excepcionalidad y la heterodoxia surgen con la mayor fuerza cuando se contemplan relacionados **el hacer y el no hacer**. Es decir, cuando **se hace algo diferente en lugar de hacer lo que hacen los demás** (lo que supone algo más que yuxtaposición de hacer con no hacer). Ésa es la esencia irritante de la heterodoxia.

Cuatro años después de que Galileo tuviera que abandonar sus estudios en la universidad de Pisa al serle denegada una beca por sus opiniones heterodoxas y antiaristotélicas, fue nombrado, por intercesión de Fernando de Medici, duque de Toscana, catedrático de la Universidad de Pisa. Esa misma heterodoxia la representa Richard Feynman, el primer Premio Nobel de Física nacido en los Estados Unidos, invitando a mantener una actitud científica (evidenciada en su libro “¿Qué te importa lo que piensen los demás?”) cuando uno siente la irritación que, en los demás, despierta la presencia de un heterodoxo.

*Como conclusión: nunca he leído una novela negra. Pero eso ¡qué importa!*



## **BIBLIOGRAFÍA:**

- Eco, U. y Seboek, T. **El signo De Los Tres. Dupin, Holmes y Peirce**. Lumen. Barcelona, 1989.
- Feynman, R. **¿Qué te importa lo que piensen los demás?**. Alianza Editorial. Madrid, 1990.
- Haley, J. **Jay Haley on Milton Erickson**. Brunner/Mazel. New York, 1993.
- Koestler, A. **Los Sonámbulos** (vols. I y II). Salvat. Barcelona, 1986.
- Maturana, U. y Varela, F. **El Arbol del Conocimiento**. Debate. Madrid, 1990.
- Wilber, K. **Cuestiones Cuánticas**. (3ª ed.). Barcelona. Kairós, 1991.

## **ALGUNAS CONSIDERACIONES Y DESCUBRIMIENTOS POSTERIORES A LAS JORNADAS DE TRASALBA**

Elegí el chocante título de mi ponencia, no por un afán de “epatar”, sino por la coincidencia con el contenido de la ponencia. La heterodoxia y el vértigo del detalle lo encontramos por aquí y por allá en la literatura profesional. Véase, por ejemplo, el capítulo acerca de “Serendipity” en el libro de Kendall y Butcher de 1982.

Siempre hay alguien que, al no mirar donde debería estar mirando –o al mirar donde no debería estar mirando- encuentra, entre el ruido, lo sobrante y los análisis secundarios, algo útil.

Al llegar al pazo de Otero Pedrallo a las 9:40 me encontré en la sala con Santiago Lamas, José Luis Fernández Sastre y dos personas a las que no conocía. Una vez realizadas las presentaciones, Manuel Zabala resultó ser la persona encargada de moderar la mesa en la que yo participaba, mientras que la otra persona, el Sr. Monfardín, estaba vinculada profesionalmente con el pazo.

Al facilitar a Manuel Zabala el título de mi ponencia, y ante su comprensible extrañeza, le pregunté qué pensaba que ocurría en el cuentakilómetros cuando el coche va marcha atrás. Su respuesta fue como la que he escuchado casi invariablemente en los diez años que llevo haciendo esta pregunta: “No hará nada, se quedará quieto ¿no?”. Santiago y José Luis se rieron porque ya sabían la respuesta.

Le revelé lo que cualquiera podría comprobar sólo con que mirara donde no debería estar mirando (ya que lo apropiado cuando el coche va marcha atrás es mirar por los retrovisores o por el parabrisas trasero, y no al cuentakilómetros), es decir, que el cuentakilómetros va hacia atrás. Precisé que en los cuadros de coches más antiguos

se apreciaba mejor que en los modernos, puesto que en aquellos la aguja se desplazaba desde el cero hasta el tope del cuentakilómetros, mientras que, en los coches modernos, o bien no aparece el cero o el tope está junto a la menor indicación de velocidad.

Terció en la conversación el Sr. Monfardín para afirmar que, algunas veces en los antiguos “Seiscientos” con los que tantos experimentos se hicieron, se rompía el tope, que estaba separado apreciablemente de la cifra “0” del cuentakilómetros.

Esta anécdota ya la conocía por otras personas que, paradójicamente, la recordaron después de contestar que los cuentakilómetros iban hacia delante cuando el coche iba marcha atrás.

El interés de la anécdota reside en el momento en que Manuel Zabal –a quien supongo una de esas personas que saben por qué hay tantas palabras, y a quien intuyo un buen conversador, sagaz e ingenioso- respondió: “O sea, que te refieres a la aguja. Yo creí que te referías al contador numérico de los kilómetros”.

Nadie me había hecho nunca esa observación en diez años. Tanto las respuestas habituales –“Va hacia delante” o “Se queda quieta”- como mi explicación, se referían al comportamiento de la aguja... Debería ser más preciso a partir de ahora ¿o no?

“¡Claro! –dijo Manuel Zabal- los kilómetros acumulados no se mueven. Si no, se podría poner el contador de kilómetros a cero”.

No supe qué responder. Eso nunca lo había visto (a pesar de que lo miraba). Estaba satisfecho con haber pillado a la aguja haciendo “cosas raras”. De hecho, al iniciar mi ponencia, especifiqué que me refería a la aguja del velocímetro, no al contador de kilómetros.

Dos días después miré el contador de los kilómetros durante la marcha atrás y, para mi regocijo y sorpresa, comprobé que ¡descuenta! los kilómetros, tanto en el general como en el parcial. Esta vez para comprobarlo tuve que ir marcha atrás quinientos metros ¡Claro! no lo había visto porque para comprobar el comportamiento de la aguja basta una rápida ojeada, pero para comprobar que el contador descuenta hay que pararse y apuntar los kilómetros, conducir hacia atrás mirando por el parabrisas posterior (como se debe hacer), parar de nuevo y comprobar los kilómetros. Este

extremo me lo confirmó mi buen amigo Ramón Lueiro quien, a principio de los años 70, trabajaba de profesor en la autoescuela Fraga en el Milladoiro. Me comentaba que en aquellos años los Seat 133 y 850 se recomendaba cambiar el aceite a los 2500 km, pero dado que mucha parte de las prácticas implicaba ir marcha atrás (por ej., al practicar las maniobras de estacionamiento) como esas maniobras descontaban el total del cuentakilómetros por precaución ¡cambiaban el aceite a los 2000 km!

Sin embargo, lo que puedo decir es que uno sólo se convence y encuentra el placer del descubrimiento cuando “ve” cómo los números de hecho “van” retrocediendo, es decir se mueven hacia atrás. Pero esto, claro, implica la nada aconsejable práctica de conducir una buena distancia hacia atrás mientras se mira el cuentakilómetros.

Si lo hacen dos –uno mira y otro conduce- no hay riesgo, pero con la condición de que se alternen los puestos.

Si miras donde no deberías estar mirando ¡no conduzcas!

#### **BIBLIOGRAFÍA:**

Merbaum, M. Y Lowe, M. *Serendipity in Research in Clinical Psychology*. En P. C. Kendall y J. N. Butcher, J (Eds.), **Handbook of Research Methods in Clinical Psychology**. New York. Wiley, 1982.